



Matei Vişniec

El hombre que vendía comienzos de novela

Traducción del rumano de Corina Oproae
y Evelio Miñano

MATEI VIȘNIEC

El hombre que vendía comienzos de novela

Novela caleidoscópica

Traducción de Corina Oproae y Evelio Miñano

Galaxia Gutenberg

Este libro ha sido publicado con el apoyo del



Galaxia Gutenberg,
Premio Todos Tus Libros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios y
Asociaciones de Libreros).

Título de la edición original: *Negustorul de începuturi de roman*
Traducción del rumano: Corina Oproae y Evelio Miñano

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2025

© Matei Vişniec, 2025
© de la traducción: Corina Oproae y Evelio Miñano, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 65-2025
ISBN: 978-84-10317-34-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

La primera frase de una novela debe contener algo de la energía de un grito inconsciente que provoca una avalancha. Debe ser la chispa que provoca una reacción en cadena... Por eso, la primera frase nunca es inocente. Contiene, en germen, todo el relato, toda la trama. La primera frase es como un embrión repleto de posibilidades, como un espermatozoide afortunado, si se me permite la comparación... Ja, ja...

Escuchaba estas palabras un tanto por educación, pero, en realidad, me absorbían otros pensamientos. Esa noche había tenido un sueño extraño, casi una pesadilla: había soñado que elaboraba una lista con los grandes problemas de la humanidad (crisis, guerras, epidemias, catástrofes), pero, como no conseguía establecer una justa jerarquía entre ellos, no paraba de cambiarlos de un sitio a otro; el problema número uno pasaba a cuarta posición; el número cinco, a segunda; y así sucesivamente. Después, por la mañana, me llamaron por teléfono de Bucarest: un colega escritor me pedía que firmara una petición para salvar la Casa Monteoru. Todo eso me produjo un insólito estado de desapego a la realidad. Seguía con esas preocupaciones en mente cuando me perturbó el violento aguacero de la tarde, que desfiguraba los árboles en la avenida de los Campos Elíseos: una lluvia visiblemente enviada por un destino adverso, deseoso de fastidiarme el día en que me iban a entregar un prestigioso premio literario.

—Las primeras palabras de una novela son como el grito de un marinero que otea el océano desde la cofa del mástil y, de pron-

to, anuncia tierra al horizonte... Sé que podrían parecerle patéticas, incluso grotescas, estas aseveraciones. Y, sin embargo, si les concede un poco de atención, verá lo acertadas que son... Un buen comienzo de novela o es un clic metafísico o no es nada.

¿Quién me habría presentado a aquel hombre? ¿Cómo se había pegado a mí, allí, en aquel jardín oculto donde, finalmente, la ceremonia de entrega de unos premios menores había transcurrido bajo un sol bastante generoso, que asomó entre las nubes en el último momento? El césped, los rosales, los pequeños senderos de grava seguían empapados de agua, pero nadie parecía intimidado por aquel universo aún húmedo y fresco. Como salidos de los libros allí premiados, todos aquellos escritores y críticos, directores de revista y agentes literarios me parecían más bien personajes. De hecho, miraba estupefacto cómo se aprovechaban todo lo que podían de aquel *garden party*, moviéndose frenéticos, corriendo de una mesa cubierta de exquisiteces a otra, de las especialidades japonesas a las magrebíes, de las pirámides de fruta a las bandejas de dulces. Y los veía, sobre todo, dar buena cuenta del champán ofrecido sin restricción e intercambiar frases y palabras en clave, acompañadas de gestos y miradas también llenos de significados y mensajes sutiles.

Yo mismo tenía una copa de champán en la mano y me esforzaba en sonreír cada vez que alguien se acercaba a decirme lo mucho que merecía haber llamado, por fin, la atención del jurado. Por supuesto, no se trataba de un premio importante, ni siquiera figuraba yo entre los primeros puestos de la lista, pero, aun así, había dado un paso importante para conseguir mayor *visibilidad*.

—Un dedo que aprieta el gatillo, eso significa, en realidad, una primera frase acertada, intensa. Un *verdadero* comienzo de novela es el estallido de un incendio interior... Ahora bien, no olvide que, a veces, también hay primeras frases suicidas... Imagínese un comienzo de novela con una fuerza tremenda,

pero que tiene la trayectoria de un bumerán. ¿Qué ocurre entonces? Pues que regresa en algún momento y te da una bofetada. Pero ya sabe usted que un autor, un escritor auténtico, asume determinados riesgos cuando empieza a escribir... Incluso el de acabar bajo los escombros de su propia construcción...

El hombre que me soltaba estas palabras parecía no tener rostro; sus rasgos temblaban frente a mí, y yo no conseguía fijarlos con la mirada. Por el momento, antes que nada, era más bien una voz. ¿Se dirigía sólo a mí, o resonaba en los oídos de todos los allí reunidos, unos doscientos seres irremediablemente alcanzados por el virus de la literatura? Mi atención se fragmentaba en doscientas pequeñas direcciones, porque aquellos hombres me interesaban, formaban parte de una determinada crema del mundillo artístico parisino; estaban absolutamente todos más *iniciados* que yo («¿iniciados en qué?», «en todo») y se *exponían* en aquel universo húmedo con mucha más naturalidad que yo.

Si hubiera podido reunir mis pensamientos en un único conjunto le habría dicho lo siguiente a la *voz* pegada a mi tímpano: ¿no *ves* que mi mayor problema ahora es mi mano derecha? El de mi mano izquierda ya está resuelto, porque con ella sujeto la copa de champán, pero mi mano derecha no encuentra ninguna utilidad para sí misma, ningún apoyo, ningún sentido; no consigo que adopte ninguna actitud natural.

—Podría hablarle largo y tendido de todo esto, si encontráramos algo de tiempo.

—Por supuesto. El tiempo no es problema.

—En cualquier caso, la primera frase de una novela debe ser una suerte de locomotora capaz de arrastrar toda la serie posterior de palabras, frases, páginas y capítulos; todo el séquito de caracteres y todo el encadenamiento de acontecimientos y metáforas. («Ah, *bonjour*, y enhorabuena; sepa usted que precisamente estoy leyéndolo»). La primera frase es, en realidad, una explosión... («Bravo. Y a propósito, ¿con qué editor trabaja usted?»). Aunque, a veces, esa explosión también puede ser retra-

sada. De todos modos, antes o después, debe alumbrar un mundo. Pocos autores son conscientes de la naturaleza especial de esa primera frase, cuya función es la de un verdadero *big bang*...

Complacidos consigo mismos, ávidos de ser vistos, todos los héroes de aquel espectáculo social y literario se agitaban sin parar. Grupos de tres, cuatro, cinco personas se formaban con una rapidez browniana y se disolvían igual de rápido, dado que cada participante en el juego quería experimentar el mayor número de combinaciones posibles.

Siempre he sido un buen observador del mundo, un observador atento y paciente. Si, al final de mi vida, me dieran un premio, debería ser por lo concienzudo que he sido mirándolo *todo* y, en primer lugar, a las personas. Sí, ellas, las personas, me han parecido ante todo dignas de ser *saboreadas*, ya fueran transeúntes anónimos o conocidos, gente famosa o actores irrelevantes de los rituales urbanos. Las personas con sus contradicciones internas, visibles o invisibles, conscientes o inconscientes han sido mi pasión. El balé humano de las calles, las estaciones, los grandes almacenes, los mercados y todos los lugares susceptibles de atraer a más de una persona siempre me han parecido un espectáculo muy potente, cómico por la dimensión de lo imprevisto, trágico por su inutilidad, poético por su desorden.

—Pocos escritores saben, sin embargo, que esas primeras frases esenciales se pueden también comprar, concluyó el hombre de rasgos temblorosos. A decir verdad, esto es lo que quería decirle. Nuestra agencia *proporciona* comienzos de novela desde hace más de trescientos años. Le dejo una tarjeta de visita; quién sabe, tal vez un buen día nos volvamos a ver... Y mi enhorabuena por el premio...

El hombre que vendía comienzos de novela desapareció, dejándome reconfortado por dentro. Algo beneficioso para mi equilibrio había ocurrido en el momento de su partida: mi mano derecha había encontrado su razón de ser; apretaba la tarjeta de visita de un desconocido.

El señor Busbib es la única persona del inmueble que sabe que soy escritor. Cómo lo ha averiguado sigue siendo un misterio para mí, pero admiro su capacidad intuitiva. En cualquier caso, es evidente que el señor Busbib sabe más de mí que yo de él.

En París hay un clan de «guardianes de edificios» de origen portugués. El señor Busbib también habla con un ligero acento extranjero, pero nunca me he atrevido a preguntarle si es o no portugués. Tampoco él me ha interrogado sobre mis orígenes. Pero me he preguntado a menudo cómo pudo averiguar mi verdadera profesión. Tal vez haya sido por mi horario bastante desordenado. Cuando una persona no tiene un horario fijo que cumplir, ni para ir a un posible lugar de trabajo, ni para hacer la compra, ni para salir de paseo o para otras actividades cotidianas, cuando alguien no se corresponde con ninguna de las tipologías humanas de un inmueble o de un barrio y, sobre todo, cuando uno se pasa el tiempo hablando solo consigo mismo frente a una taza de café en todos los cafés del barrio, entonces esa persona sólo puede ser escritor. Por supuesto, también está el correo, que el señor Busbib reparte en el inmueble. Y como, hasta ahora, numerosos editores han rechazado mis manuscritos, devolviéndome algunos de ellos, el señor Busbib ha sacado sin duda *ciertas* conclusiones.

No diría que me siento espiado por el portero, pero tampoco me siento del todo relajado en su presencia. ¿Le pareceré acaso sospechoso a ese hombre tan apacible y servicial?

¿O emanan, tal vez, señales de alarma de mí, de mi cara, de mi forma de ser?

—¿Puedo ayudarle en algo? —me pregunta de vez en cuando el señor Busbib.

Yo se lo agradezco, le sonrío y le digo: «no, *merci*», pero su pregunta me parece *totalmente* ambigua. ¿Ayudarme en *qué*? Aunque parezca inocente, la pregunta del señor Busbib encierra un pequeño desafío, un guion. Es como si el señor Busbib deseara formar parte de mi vida más *intensamente*. O tal vez desde hace tiempo me sienta yo devorado en la intimidad de mi ser por la intromisión de los demás.

Sin embargo, hace mucho que no hago caso a las extrañas preguntas del portero. Esta, por ejemplo: «Siempre veo una pequeña ventana abierta en la buhardilla. ¿Es la del cuarto de baño? ¿La deja abierta *adrede*?». ¿Qué debo entender de esas frases? ¿Que los porteros de origen portugués son retorcidos? No le contesto, para no abrirle *ventanas* hacia mi vida.

Mientras estoy frente al ordenador y escribo, tengo la impresión de que mi vida me pertenece por completo. No la comparto con nadie salvo con la pantalla convertida en una especie de espejo abisal de mi ser y con el teclado por el que se deslizan mis dedos. Desde que aprendí a escribir a ciegas, es decir, sin mirar las teclas, mi existencia se ha convertido en una especie de embudo: fluyo directamente de mi cerebro a la pantalla. Hace años que ya no escribo para los demás, sino sólo para mí, por la sensación de asombro que tengo ante este espectáculo: lo que sale de mi cerebro me fascina tanto que me obliga a escribir casi sin parar.

Pero también hay momentos en que me separo de la pantalla y voy a la cocina a prepararme un té verde, o me asomo al balcón para dar de comer a las palomas, o bajo al oasis verde, situado en medio de nuestros bloques de pisos, para cuidar mi pequeño huerto. En esos momentos de descanso ocurre sin embargo otro fenómeno: mi vida empieza a no pertenecerme. Se disloca y se desmenuza en mis gestos y en los objetos que

toco o veo. Tengo la extraña sensación de diseminarme alrededor, de dejar añicos de mí en todo lo que observo, en todo lo que muevo de un lugar a otro.

—Le vi ayer con la azadilla. ¿Qué siembra este año?

Pues no, señor Busbib, no quiero que sepa lo que voy a plantar este año en mi pequeña parcela de cuatro metros cuadrados. Mis elecciones en materia de hortalizas son tan secretas como sabias. Cada año planto tres especies complementarias, que concuerdan entre sí y comparten sin conflictos subterráneos las savias de la naturaleza. El año pasado tuve lechugas, rábanos y tomates. Este año sembraré cebollas, coliflor y perejil. No tengo intención de desarrollar demasiado mi teoría relativa a la cohabitación ideal de las hortalizas, pero entre la cebolla, la coliflor y el perejil existe una fraternidad digna del lema preferido por la Revolución Francesa... Y el hecho de que, en pleno París, sólo a unos pasos de la Manufactura Real en la avenida de los Gobelins o del Jardín Botánico, en medio de los bloques de pisos modestos, se pueda instalar un huerto rodeado de rosales, me parece el comienzo de una revolución ecológica, quizá el signo de un despertar cívico para escapar al delirio de la globalización. Ninguna guía turística señala este oasis donde una treintena de parisinos cultivan sus fantasías vegetales, reconstruyendo con sus parcelas pegadas unas a otras una suerte de falansterio, digno de las visiones de utopistas como Saint-Simon o Charles Fourier.

Sí, ante mi ordenador y en mi huerto parisino me siento protegido. Sin embargo, cuando salgo de compras, cuando entro en una librería o me siento en una terraza a tomar un café, empieza a crecer en mí una sensación de *dispersión* que, en ocasiones, llega a ser verdaderamente desastrosa. Y heme aquí: camino por la calle con una terrible angustia en el alma, porque caen de mí retazos de vida. Algunos son muy pequeños, incluso minúsculos, sólo unos añicos...

En cuanto abro la puerta y salgo al rellano siento como si me *partiera por la mitad*, ya que una buena parte de mí perma-

nece en forma de palabras en la memoria del ordenador. Llamo al ascensor, pero evito mirarme en el espejo: no entiendo por qué debo dejar en esa caja sin salida al mar una parte de mi imagen. Pero la tragedia empieza abajo, en el vestíbulo del edificio, cuando me cruzo inevitablemente con el portero o con otros inquilinos y en el instante en que abro el buzón. Cientos, miles de añicos míos brotan a mi alrededor, llevados por las palabras que pronuncio y por la avalancha de gestos que las acompañan. Dejo mi rastro en las miradas ajenas, en las barandillas y los escalones, en los picaportes y los pulsadores, pero, sobre todo, en todas estas frases repetitivas: «buenos días», «¿ha pasado ya el cartero?», «qué frío hace hoy», «¿ha pasado también por su casa el servicio de desratización?», «hasta la vista»...

No sé si tiene usted en mente la imagen de esos cometas que avanzan desintegrándose... El núcleo central, extremadamente luminoso, sigue corriendo y brillando, parece aún intacto, pero, en realidad, el ser del cometa se va extendiendo, por detrás, a lo largo de millones de kilómetros, mediante infinitas partículas desgajadas de su corazón, de su entidad... Un gigantesco rastro permanece tras el milagroso objeto cósmico, una explosión de partículas de todas las dimensiones. No, está claro, ninguno de nuestros gestos físicos queda impune. Cuando sale por la mañana y toma el autobús o el metro para ir a la oficina, una parte de usted permanece extendida en el trayecto, diseminada en los hombros y las pupilas de los cientos de personas con las que se ha cruzado por el camino. Un extraordinario ejercicio de polinización social tiene lugar durante el desplazamiento; minúsculas partículas subatómicas de su existencia se agarran a otros seres u objetos en movimiento, empiezan a viajar junto a ellos y a esparcirse por el universo. No le sorprenda, pues, si, en ocasiones, llega agotado a la oficina o, por la tarde, de regreso a casa, cae ya muerto de cansancio. Cualquier salida de su propio ser, del nido protector de su cama o de su salón, permite al mundo exterior picotearle vo-

luptuosamente, devorarlo con ferocidad, macerarlo y despa-
charlo hecho astillas y gotas, añicos e imágenes, sonidos y olo-
res, en miles y cientos de miles de direcciones.

Por eso les digo: sean prudentes en cada movimiento. Y,
sobre todo, sólo confíense a seres complementarios.

Muy estimado señor:

He oído que me ha buscado. Desgraciadamente, no me encuentro en Francia en este momento y tampoco regresaré antes del mes de enero del año que viene. Sin embargo, nuestro diálogo puede empezar incluso en estas circunstancias.

Como ha podido constatar, mi teléfono no está equipado de buzón de voz o, como les gusta decir a algunos, de contestador automático. Probablemente haya observado, al examinar con algo más de atención mi tarjeta de visita, que no figura en ella ningún número de móvil ni dirección de correo electrónico. Pues sí, evito dejarme arrastrar por esta fatalidad de la urgencia inventada por la modernidad. Pura y simplemente, no deseo que me puedan localizar por teléfono en cualquier momento del día ni que me envíen mensajes electrónicos maleducados. Nada de lo que quieran decirme las criaturas que pueblan este cuerpo celeste llamado Tierra es, a decir verdad, urgente: este es mi principio. La invención del teléfono móvil, del correo electrónico, así como de otros sistemas de interconexión rápida ha conducido, de hecho, a la destrucción de un género literario sumamente querido para mí: el género epistolar. Unos cuantos siglos de obras epistolares han sido, así, barridos con brutalidad de la educación de los jóvenes y de nuestros contemporáneos. Y yo me opongo a este crimen. Por esta razón, prefiero escribir cartas de tipo tradicional y sólo respondo si se me escribe de la misma manera, en hojas de papel A4, a mano e, imperativamente, con pluma estilográfica. El bolígrafo me parece un insulto.

Pero volvamos al motivo por el que me ha buscado. Sin lugar a dudas, le intrigó lo que le dije durante la velada que siguió a la entrega de los premios literarios de otoño, hace dos semanas. Aprovecho, de nuevo, para felicitarle por la distinción conseguida: el Premio de Novela Corta otorgado por los librerías independientes de la región Île-de-France. Bueno, no deja de ser una señal de reconocimiento por parte del gremio. No se ponga triste, no se diga más a sí mismo que, en realidad, no fue más que un premio entre otros, que usted no fue más que un laureado entre treinta, durante una tarde lluviosa en que ni siquiera tuvo tiempo para pronunciar su speech de agradecimiento. Ese fue probablemente el motivo por el que se refugió, decepcionado por lo ridículo de la situación, en aquel rincón del jardín, donde lo abordé. Le confieso que, en efecto, toda la ceremonia de entrega de los premios fue ridícula. Estaban ustedes encaramados allí, en un estrado al fondo del jardín, unos treinta individuos más o menos ansiosos por escapar de aquella penosa situación. Cada uno tenía derecho a tres minutos de speech tras recibir el premio correspondiente; sólo que, por culpa de la lluvia, el presidente de la Sociedad de Escritores fue obligado a acelerar la operación. Así, después de que los tres o cuatro primeros laureados pronunciaran sus discursos por entero, los siguientes fueron amputados. El quinto y el sexto sólo tuvieron derecho a dos minutos; el octavo y el noveno, a uno y medio; el décimo y el undécimo, a uno... Y, luego, aquello se aceleró como en una película de Charlie Chaplin, con treinta segundos por cabeza de laureado, o incluso menos, con una frase para los tres o cuatro últimos felices detentadores de la gloria... Y cuando a usted le tocó dar un paso al frente, el presidente del jurado le pidió probablemente que resumiera sus palabras con un simple «gracias». Yo aprecié mucho su decisión de limitarse a asentir con la cabeza en señal de gratitud, lo que permitió que, a continuación, la multitud refugiada bajo los paraguas se abalanzara sobre los bufetes instalados en diferentes puntos del jardín, momento en el que también dejó de llover.

Perdone si mi evocación parece algo maliciosa; yo también soy, a mi manera, un observador del mundo, pero, ante todo, soy un vendedor de comienzos de novela que selecciona con cuidado a sus clientes.

Muy atentamente,

Guy Courtois

No es fácil tener un hermano mayor considerado por todo el mundo como un verdadero genio. Imagínese esta situación: acabas de abrir los ojos después de nacer y la primera frase que absorbe tu cerebro contiene la palabra Víctor. «Verás cómo se parece a Víctor».

Víctor también es la primera palabra que pronuncié con el paso del tiempo. Para la mayor parte de los niños, la primera emisión sonora coherente apunta a la relación afectiva con mamá o con papá. Para mí, la primera palabra esencial fue Víctor. Cuando yo nací, Víctor tenía seis años, ya era genial y entraba en primero de primaria. Había aprendido a leer por su cuenta e iba a clases de inglés. Había superado airoso el parvulario, dejando el recuerdo de un niño superdotado; y los vecinos lo alababan por su educación y *madurez*.

Como le digo, no es fácil estar recién salido del vientre de tu madre y que la existencia te dé su bautizo de fuego comparándote sin parar con tu hermano. «Ah, Víctor no lloró ni un segundo de bebé». «Víctor se sentó antes en el orinal». «Víctor aprendió antes a hablar». «Víctor aprendió antes a caminar». «Víctor aprendió antes a leer».

Durante la primera parte de mi vida no dejé de mirarme en la existencia de Víctor, mi hermano mayor, mi hermano más fuerte, mi hermano menos enfermizo, mi hermano más alegre, mi hermano más despierto, mi hermano más gracioso, mi hermano más generoso... Pero no crea que, debido a ese bombardeo masivo de comparaciones, mi subconsciente desarrollara

alguna aversión por Víctor. ¡Ni de lejos! Cualquier aplicación de la teoría freudiana se desmorona ante mi caso. Ni por un instante se desarrolló en los adentros de mi alma reacción alguna de rechazo o, Dios me libre, de odio hacia mi hermano mayor. No, por el contrario, toda mi vida he admirado sinceramente a Víctor. Me he sentido defendido y protegido por su existencia. Ha sido para mí una especie de paraguas inmenso. Cuando sólo tenía yo unos meses, sabía que podía contar con Víctor. De hecho, Víctor, por su parte, se comportó conmigo como un verdadero *hermano paternal*. En cuanto nació, Víctor asumió seriamente una nueva misión: velar por mí.

Me resultó algo más difícil sólo cuando comprendí que toda la ropa que yo llevaba había pertenecido, de hecho, a Víctor. Igual que todos los juguetes con que jugaba. Como Víctor había sido un niño ejemplar, nunca había desgastado sus zapatillas ni ensuciado o desgarrado su ropa. Todo lo que me ofrecían, por tanto, para vestirme, desde los calzoncillos al abrigo, desde la camiseta al gorrito, ya había sido llevado de manera tan *responsable* por Víctor que parecía recién estrenado. Era, pues, imposible no apreciar a Víctor por el ahorro enorme que había traído a casa, y más aún teniendo en cuenta que papá, funcionario de correos, no tenía un salario muy elevado y mamá se dedicaba a las labores del hogar, aunque ganara algún dinerillo con su máquina de coser.

Luego, cuando Víctor cumplió 16 o 17 años, toda nuestra familia empezó a gravitar alrededor de ese hermano mayor, dotado de una autoridad natural incontestable. Desde los 14 años Víctor ya era capaz de abordar cualquier asunto con los adultos. Víctor leía la prensa, seguía las noticias de la televisión y tenía opiniones políticas. Víctor era capaz de hacer el análisis crítico de una película, de argumentar su punto de vista y contradecir a los adultos sin irritarlos, de mantenerse sereno incluso cuando decía disparates... Ante los adultos que eran evidentemente más cultos y estaban mejor preparados que él, Víctor destacaba haciendo preguntas *extremadamente* inteligentes.

De hecho, Víctor siempre fue alabado por su enorme capacidad para ser participativo y brillante cuando escuchaba lo que decían los demás.

Cuando entré en primaria, su fotografía ya figuraba en el panel de los estudiantes más brillantes en la historia de la escuela. Desde el primer día, la maestra me hizo esta pregunta, que se repetiría durante años y años: «¿Tú eres el hermano menor de Víctor?». No hubo profesor que no me hiciera después, desde mi primer día en la escuela hasta que acabé el instituto, esa pregunta. Por lo general, me escrutaban con atención y me evaluaban con cierta desconfianza. Era como si, en su mente, cada profesor intentara superponer mi imagen sobre una más antigua, dejada allí por su encuentro con Víctor. Y resultaba, visiblemente, que esa superposición se realizaba en detrimento mío. Mi imagen –lo notaba al instante– no era tan marcada, tan espectacular, tan brillante como la huella que había grabado mi hermano Víctor en la mente de aquellos adultos. Además, cada vez que sentía que empezaba en su mente la operación de superposición en busca de los puntos comunes entre Víctor y yo, bajaba instintivamente la mirada a tierra y me quedaba con la cabeza gacha, con los hombros ligeramente encorvados, consciente de que, a decir verdad, yo no estaba a la altura.

Sin ser mal estudiante, nunca llegué a alcanzar el nivel de Víctor. Y cuando, aun así, sorprendía a los profesores por mis trabajos o mis respuestas acertadas, también me felicitaban en nombre de Víctor, a veces, con la frase: «En este trabajo te ha ayudado un poco tu *hermano*, ¿verdad?». Por lo general, ante este medio reproche, no me atrevía a decir: «no, no es cierto», ya que toda nuestra familia estaba en deuda con Víctor. No sé cómo se había ido construyendo esa difusa convicción, pero todos veíamos en la existencia de Víctor un don divino, una forma de generosidad por parte de la naturaleza, un regalo del destino. Toda nuestra familia, es decir, los abuelos, los tres tíos y las cuatro tías, así como los innumerables primos, compartían el mismo sentimiento: Víctor había venido al mundo

con una *misión*. Y, por esa razón, la existencia de nuestro clan adquiriría un sentido superior: estábamos todos allí para ayudar, apoyar e impulsar a Víctor.

Cuando Víctor publicó sus primeros poemas en la revista de la escuela, nos convencimos todos de que sería un gran escritor. Cuando empezó a ganar los primeros concursos escolares de matemáticas, se hizo evidente que Víctor sería un gran científico. El problema era que Víctor también era bueno en deporte, sobre todo en balonmano, donde la elegancia de sus movimientos se había convertido en el principal espectáculo semanal para muchas compañeras de colegio. «Esta se come con los ojos a Víctor», decía, a veces, mamá; y cuidaba de meter en el bolsillo de Víctor un hilo rojo, no fuera que alguien le echara el mal de ojo a su hijo predilecto...

Un momento de extrema tensión se instaló en todas nuestras almas, las de los satélites de Víctor, cuando mi hermano mayor tuvo, por fin, que elegir una carrera. Víctor no podía elegir *cualquier cosa*; sus estudios superiores debían estar a la altura de sus capacidades, de su aureola. Víctor era tan bueno en todo que podría haber estudiado cualquier cosa, triunfado en cualquier ámbito... Arquitectura, derecho, medicina... ¡Cuántas veces se pronunciaron estas palabras, cuando estábamos sentados a la mesa, en presencia, pero también en ausencia de Víctor! Sobre los estudios que Víctor seguiría, todo el mundo tenía derecho a opinar, los abuelos, los tíos, las tías, los primos e incluso los vecinos. *Investigación*... He aquí otra palabra que, desde los 12 años, tengo clavada en el cerebro. Mi hermano mayor estaba destinado a ser investigador, al menos eso es lo que afirmaba la hermana mayor de mi madre. Cuando oía esa palabra, *investigador*, veía –no sé por qué– a Víctor vestido como Sherlock Holmes, con una lupa en la mano y un bastón en la otra, cruzando ciudades y pueblos, relieves y espacios estelares en busca de lo absoluto.

Finalmente, fue Víctor quien encontró un ámbito acorde con sus capacidades, pero, sobre todo, de tal índole que nos

asombraría a todos: «Ya me he decidido: voy a estudiar cibernética», dijo un día Víctor, sin énfasis, pero no sin una ligera satisfacción, sabiendo que toda la familia quedaría profundamente sorprendida. Ante la palabra *cibernética*, todos los miembros de nuestro clan se cayeron de culo.

Catapún.

Tres días he hecho cola
en la oficina de los acontecimientos
para comprobar si mi encuentro con la señorita Ri
había sido previsto o no

NO, el veredicto ha sido claro
los mil funcionarios encargados
de gestionar los acontecimientos de mi vida
casi todos han dicho NO

sólo uno ha dicho NO AUNQUE
y otro ha dicho NO PERO

son todos unos funcionarios imbéciles y
negligentes, esa es la verdad
se pasan el día tomando café y escrutando
superficialmente
la trayectoria de los seres que hay en mí
mis salidas al universo, mis miedos y mis gestos
bruscos
os paga el estado por nada en absoluto les he dicho
si la señorita Ri no estaba prevista en mi vida
¿qué hace entonces en mi poema?